

Un amor de esos que duran

Diana Vivas Rodríguez

El 16 de enero de 2011 de una mañana lluviosa, en la clínica de pasillos largos que parecieran no tener fin, en la habitación 503 se encuentra José Alirio Rodríguez, un hombre de 64 años que pareciera llegar de una nevada: su cabello es tan blanco y brillante como la nieve, sus mejillas son rosadas y sus ojos reflejan la pureza de su alma.

A su lado está la nieta, la cuarta de cinco, todas mujeres. Ella es su preferida: Diana Vivas Rodríguez, la única hija de su hija. Una niña de 15 años que siempre permaneció a su lado, igual de blanca a su abuelo.

De repente, José comienza a contar como es costumbre, historias de sus años gloriosos como él los nombraba. Exclama: ¡No te he contado la mejor historia de mi vida! Y así, empieza a hablar como un narrador profesional:

Hace ya algunos años, en una época donde todo era muy diferente, en los años 50, en un día tan común de un pueblo muy pequeño, como lo era la Plata, Huila, de calles sin pavimentar, de gente muy amable, estaba yo en la plaza de mercado. Tenía cinco años, trabajaba vendiendo frutas. Estando en la rutina diaria me encontré con una niña. Parecía de mi misma edad, hermosa y con

una ternura incomparable. Solo la vi ese día y no volví a saber de ella.

A comienzos de 1951, ya con mis seis años, como era común en la mañana, estaba en la plaza con mis hermanos y mi madre, una mujer muy linda, de tez blanca y rubia, de larga cabellera y ojos azules, tan azules como el cielo en un día despejado. A pesar de ser muy joven en su rostro se notaba el desgaste por llevar sobre sus hombros a toda la familia; supongo que no es fácil mantener y criar a sus doce hijos...Esa mañana llegó una mujer desconocida a la plaza. Todos nos conocíamos, y supimos que era la primera vez que esa mujer visitaba el pueblo.

Aquella mujer, de estatura baja, tez morena y cabello corto se acercó al puesto de frutas de mi madre. No sé por qué le caí en gracia, tal vez por el hecho que físicamente éramos muy diferentes. Le propuso a mi madre que me llevaría y me criaría como si fuera su propio hijo, que no me faltaría nada; a cambio, le pagaría todo lo que estaba en el puesto de frutas y no se llevaría nada. Estaba asustado sin saber ni entender muy bien lo que pasaba. Aquella señora me cargó y me llevó a un coche que se encontraba afuera.

Comenzamos a viajar; el señor que estaba conduciendo me miraba mucho y hacía expresiones raras con su rostro. Pero aquella mujer, llamada Olga, comenzó a hablarme, diciéndome que nos dirigíamos a Popayán que estaba a diez horas de camino, que iba a tener mi propia habitación, que me esperaba un señor que sería como mi padre, y dos niñas las cuales serían mis hermanas.

Al transcurrir las horas, seguía sin entender por qué mi madre aceptó...

En aquella habitación y con lágrimas en sus ojos José continúa la historia: fueron diez horas muy largas, y al llegar, esa señora exclamó ¡Hemos llegado a tu nuevo hogar!, con mucho entusiasmo en su rostro, como ignorando que yo amaba mi hogar, mi familia, aunque no era la mejor y teníamos muchas necesidades. Precisamente eso era mi familia y quería estar con ellos.

No se contuvieron más y las lágrimas comenzaron a recorrer el rostro de José, con inmensa tristeza; luego, respiró profundamente, tomó un poco de agua y continuó diciendo:

Al bajarme del coche, en la puerta estaban dos niñas al lado de una señora. Doña Olga me dice: Ellas son tus hermanas Ana y Andrea, y la señora será tu nana. Ella te mostrara tu habitación. Al entrar a la casa, me mostraron una habitación que sería solo para mí. Al transcurrir la noche, no podía dormir, solo pensaba en mi madre y en mis hermanos.

En la mañana fui el primero en despertarme, no quise salir de la habitación aunque había salido el sol. No se escuchaban ruidos, solo el latir de unos perros. No sabía qué hacer, no estaba familiarizado con las reglas de esa casa, no sabía qué estaba bien o mal para ellos; al fin y al cabo, era yo quien tendría que adaptarme pues era un extraño.

Ana y Andrea entraron al cuarto, y me dijeron: Ven, vamos a recorrer la casa.

Era increíble, de muchas habitaciones grandes y todas con camas; tenían lotes con siembra de distintas frutas, animales, muchos animales. Nunca había ido a un zoológico pero ese parecía uno, así como en los cuentos que te dan en la escuela, perros, gatos, patos, aridillas, muchísimos... Parecía una mansión, así como cuando uno sueña.

Al pasar los meses, me fui adaptando.

Todo fue tal cual doña Olga lo prometió. Tenía un cuarto propio, comía todo lo que quería, no me tocaba trabajar, me trató como si fuera su hijo, me daba amor, iba a la escuela, todo lo que en algún momento quise tener; solo me faltaba mi madre y mis hermanos. A pesar de que doña Olga intentaba darme todo su amor y cariño, algo me faltaba. En mis vacaciones, me ponía a sembrar o recolectar las frutas con los trabajadores; supongo que lo hacía porque de esa manera recordaba mi pasado.

Cuando tenía siete años, para las vacaciones de fin de año, llegó a la casa un señor alto, de tez morena, algo canoso y con expresión de mal genio en su rostro. Ese se supone que sería mi papá. Ana, Andrea y doña Olga lo recibieron con mucha alegría; pensé que no le iba a gustar que estuviera en su familia, pero no fue así. Se le notó el mismo entusiasmo que tuvo doña Olga cuando llegué por primera vez a la casa.

Fueron pasando los años, y ya no me sentía un extraño en la familia, aunque siempre tenía presente a mi familia biológica.

Entre el relato fueron pasando las horas en esa fría habitación, con el viene y va de las personas en el pasillo, y el ruido normal de una clínica. Mi abuelo seguía narrando:

Para 1962, a mis 17 años, decidí volver a la Plata, a buscar a mi madre biológica, aunque estaba muy a gusto en el hogar que me habían brindado. Quería saber de mi madre y de mis hermanos. Despedirme de todos fue algo difícil pues ya los consideraba como si de verdad fueran mi familia.

Al llegar a La Plata, a mediados de octubre del mismo año, noté que había cambiado mucho. Comencé a caminar, esperando encontrarme con alguien a quien le pudiera preguntar por mi madre.

Caminando, pasé muy cerca de una panadería. El olor a pan recién horneado me hizo entrar y cuando me senté, observé a la muchacha que estaba en la caja. Era de estatura media, de piel canela, de cabello ondulado y negro. Tenía una bella sonrisa, y sus ojos, esos ojos, esa inigualable mirada... ¿Será que es esa misma niña, aquella niña de la plaza de mercado, la que vi esa mañana hace tantos años? Es esa misma mirada y la misma ternura de su rostro.

Se acercó y me dijo: A la orden, ¿Qué se le ofrece?

Quedé sin palabras, no sabía que decir, quedé perplejo ante su belleza. Todos los días, siempre a la misma hora, iba a la panadería. Solo para poder ver a María Salazar -era su nombre- así no tuviera el valor de hablarle. Una tarde, como era común a las dos de la tarde, me encontraba en la panadería, sentado cerca de la caja; a mi lado un café negro con poca azúcar y un pan con queso, recién horneado. Ese día, aquella muchacha se me acercó y me habló unas palabras. Empezamos una conversación como si fuéramos viejos amigos, hablamos por horas. Entre tantas coincidencias, ella me dijo que conocía a mi madre, que hacía algunos años se había ido a vivir a un pueblo cercano.

Al siguiente día, muy en la mañana, me di cuenta que podría ser que en el pueblo hubieran cambiado muchas cosas. Pero el amanecer no ha cambiado. Sigue siendo igual de hermoso, con la misma brisa fría a las cuatro de la mañana. Al llegar a ese pueblo, comencé a preguntar por mi madre. Sabía que encontrarla no era fácil, porque tenía pocos recuerdos. Hasta que por fin una señora me dio una pista al decirme: Una señora llegó a este pueblo hace ya

unos cuatro años, con diez hijos; padece una enfermedad muy grave. Se le olvidan las cosas.

Comencé a correr hacia la casa que me dijo esa señora. Al llegar a la puerta, quedé como congelado. No sabía qué me iba a encontrar. Abrieron la puerta. Era mi hermana mayor, Luz Rodríguez, de estatura alta, de tez blanca y rubia. Cuando me vio, me abrazó muy fuerte, y me dijo: Ya no puedo más, te necesito, pensé que nunca te volvería a ver. Entré a la casa. Mis otros hermanos no se acordaban de mí...

Mi madre estaba sentada en el jardín, con una bata blanca y mirando las flores. ¡Sus ojos tan azules como los recordaba! Sentí una mezcla de amor y rabia. Increíblemente, ella se acordó de mí. Se puso a llorar y me pidió perdón por haberme dado a la señora de plaza de mercado. En ese momento se me olvidó todo lo malo que pude llegar a sentir. Ella tuvo sus razones para hacerlo, no era quien para juzgarla. Hablé con mi hermana Luz y decidimos que volvería a vivir con ellos.

Estuve en la casa lo que quedaba de esa semana, cuidando a mi madre y buscando trabajo. Pero no podía quitar de mis pensamientos a María, no podía hacer las cosas bien. Me faltaba algo y una parte de mí sabía que era ella. Por eso, en la semana siguiente, volví a la Plata, esta vez buscando a María. La encontré sentada en la banca del parque central, con un vestido rojo que hacía resaltar su belleza tan natural. Me acerqué, y antes que ella pronunciara la primera palabra, le confesé todo lo que por ella sentía. Esperaba cualquier reacción; sin embargo, se quedó callada y me abrazó. Me abrazó fuertemente y no tuvimos la necesidad de pronunciar ninguna palabra, para sentir que nos pertenecíamos...

A principios de 1963, con mis hermanos y mi madre volvimos a vivir a la Plata, a construir de nuevo nuestro hogar. Me encontré con mi amada María. no podíamos estar separados. El 30 de Junio de 1963, y ambos con 18 años, tomamos la decisión de casarnos y formar nuestro propio hogar, tener una familia. Fueron pasando los años, y todos los días me daba cuenta que esa fue una de las mejores decisiones que puede tomar para mi vida.

José miró fijamente a su nieta, ella con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta no pudo decir nada, solo respirar. Y José continuó diciendo: 45 años después, seguí viendo la misma mirada. Aunque ya no está con nosotros, cuando me despierto al mirar hacia mi derecha y te veo allí acostada, siento algo similar de cuando vi a tu abuela caminando por la plaza de mercado o en aquella panadería. Aunque en ese tiempo no lo supe, hoy sé que desde el primer día, fue un amor al que estábamos destinados. Y aún después de la muerte, querida nieta, yo la sigo amando, más que nada, más que a nadie. Porque juramos amarnos hasta la muerte y si los muertos aman después de muertos, vamos a amarnos más...

Días después, en aquella habitación 503, el 18 de enero del 2011 a las 9:00 p.m., José, mi abuelo, falleció. Cumplió la cita con su eterna y siempre amada María, mi abuela.